



## PRECURSOR Y VISIONARIO

con tus llovidas barbas de  
monje tibetano

Rafael Alberti

Dice ser argentino nacido en Santa Fe, pero habla de un pasaporte latinoamericano. Ciudadano del cosmos.

Carismática personalidad de la cultura de nuestro continente con profundos lazos con la europea.

Punto neurálgico de encuentro del mundo latinoamericano que pasaba por Roma, primero en los 50, luego en los 60 y hasta hoy.

Se entrecruzan también los amigos: Ungaretti, Cortázar. Zavattini, Matta, De Sica, Alberti, Pratolini, Rocha, Ivens. Gelman, Bertolucci, Galeano, Sábato, Asturias, Neruda, Cardenal, Mercedes Sosa, por citar algunos, pues todos sería una tarea muy difícil para la memoria.

Titiritero y poeta. Actor y pintor.

Cineasta precursor y visionario. Lúcido teórico de las imágenes en movimiento. Educador y pedagogo. Trasmisor de experiencias, que en el campo de la cultura escrita y audiovisual lo hacen único.

Dijo alguna vez - parafraseando a Jorge Cedrón - "Mi patria es donde están mis zapatos...".

Su obra precursora iniciada a mediados de los 50, es hoy reconocida internacionalmente como punto de partida de todo un modo de ver la realidad de su país. Luego influiría también - cinematográfica y humanamente con su constante diálogo - en los hombres que empezaron a hacer cine en la patria grande que va del Río Bravo a la Patagonia.

Ese modo de hacer cine se sintetiza en el movimiento continental del Nuevo Cine Latinoamericano.

En 1979, con Gabo deciden hacer

un film juntos (promesa no realizada desde los años 50. cuando se conocieron estudiantes en el Centro Sperimentale di Cinematografía). En 1980 el proyecto se pone en marcha.

Una llamada de Roma a México y la memoria recupera el cuento " Un señor muy viejo con unas alas enormes". La voz de Gabo, por el hilo del teléfono, subió hasta el satélite y rebotó a la tierra. "Fernando el cuento es mío y la película tuya". Y decidieron hacerla juntos.

Comienza la búsqueda de un método de trabajo. Y los viajes. Un primer diálogo en París. Sesiones de trabajo en La Habana, Cuernavaca, Ciudad de México, Roma, La Habana, Cartagena y de nuevo La Habana. El realismo mágico del escritor más mágico de América, después de recorrer millares de kilómetros se encuentra encanalado dentro de un guión. Pero en éste seguirá moviéndose locamente y fantasiosamente hasta el momento mismo del rodaje.

La Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano asoma detrás del horizonte y toma forma concreta. A su frente Gabriel García Márquez.

La Fundación decide dar vida a la Escuela Internacional de Cine y TV de San Antonio de los Baños, Cuba, sobrenombrada de Tres Mundos, y llama para dirigirla a Fernando Birri, a quien el Cabo nombrara en el discurso inaugural de la Fundación "...gran papá del cine latinoamericano...".

El film estaba en avanzado estado de preparación. Pero hubo que elegir. O dos cosas inciertas a la vez o una cosa cierta. Y se eligió hacer primero la

escuela y luego el film.

"La materia de nuestro arte es la luz, nuestro arte se hace con luz, voltaica o electrónica que sea. Somos trabajadores de la luz..." dijo Birri al inaugurar la escuela.

Treinta años y 79 días después volvía a dirigir la proyección latinoamericana y tricontinental de la primera y fecunda semilla que sembrara en Santa Fé.

La escuela comenzó a funcionar y el film nuevamente comenzó a vivir. Una locación construida entre junio, julio y agosto de 1986, donde aparentemente la vida se había detenido, empezó a moverse nuevamente. El tiempo le había dado su pátina. De las dos primeras palomas llevadas al origen por el encargado de cuidar la locación, se llegó a tener más de 80. Y. entre el 3 de agosto y el 24 de octubre de 1987, el sueño, los kilómetros, el tesonero trabajo, contra todos y contra todo, el realismo mágico de García Márquez quedaba encerrado dentro de las tres capas de colores de la emulsión de la película que filmaba Fernando Birri.

Hombre inquieto que trata de comunicarnos su mensaje de búsqueda, optimismo y rigor. Buscándolo en el hombre para llevarlo a la pantalla y a través de esta devolverlo al hombre espectador, con ironía, con humor, con una sonrisa sobre los labios, como la que le aflora a él cuando nos mira debajo del ala de su sombrero negro que lo acompaña por el mundo.